

NEWMAN, SOBRE EL ANTICRISTO

Versión escrita de la exposición hecha para el Oratorio Seglar
de la obra *Idea de los Padres sobre el Anticristo*,
de John Henry Newman.
La exposición tuvo lugar los días 10 y 17 de noviembre de 2018
en la iglesia del Oratorio de san Felipe Neri,
en Alcalá de Henares.

PRIMER DÍA, INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en el texto de Newman, hablaré brevemente del lugar que ocupan estos textos en el conjunto de su obra y justificaré por qué me parece importante abordar este asunto del “Anticristo”.

1. LOS TRACTS SOBRE EL ANTICRISTO EN EL CONJUNTO DE LA OBRA Y DE LA VIDA DE NEWMAN

Abordamos unos escritos de Newman que formaron parte de los famosos *tracts*, una especie de folletos, algunos anónimos, con los que los miembros del Movimiento de Oxford, difundieron sus reflexiones.

El Movimiento de Oxford nació en 1833. Newman se convirtió muy pronto en el líder de este movimiento de reforma en la Iglesia Anglicana y escribió muchos de aquellos folletos que buscaban una vuelta a la pureza del Evangelio.

Los *tracts* que trataremos fueron predicados como sermones en el Adviento de 1835 y se publicaron en 1838, con el título *La idea de los Padres sobre el Anticristo*. La figura de los Padres de la Iglesia había cobrado para Newman un peso determinante. Se trata de los escritores cristianos de los primeros siglos. Y tal como los veía él: testigos de las tradiciones que venían de los Apóstoles.

2. ¿POR QUÉ HABLAR DEL ANTICRISTO?

Si el tema del Anticristo tiene importancia para los cristianos, es porque está vinculado a la segunda venida de Cristo y así a la expectación de los cristianos de todos los tiempos. Forma parte de la entraña misma de la fe la espera de la vuelta de Cristo.

La fe es un vínculo que une al cristiano con Jesucristo, pero un vínculo dinámico, que mantiene al verdadero cristiano en tensión hacia el «objeto» personal y precioso de su fe: la misma persona de su Salvador. Le hace estar siempre con los ojos puestos en la primera venida de Cristo, con todo lo que entonces ocurrió, su muerte y su resurrección, porque ese fue el momento único e irrepetible en el que Dios se entregó a sí mismo, nos amó y nos salvó. La fe es la respuesta a esa entrega. En ese sentido, la fe mira siempre hacia aquellos acontecimientos en los que Dios nos salvó y se nos entregó.

Pero la misericordia de Dios quiso que esos momentos únicos de la historia se actualizasen en el presente de la Iglesia, en el hoy de la Iglesia, en los sacramentos. Así que la fe mira también los signos sacramentales para descubrir en ellos, hoy, la obra de su Señor, la obra amorosa de Cristo, al mismo Salvador.

Pero la fe mira también hacia el futuro. Porque el que murió por nosotros y está presente en la Eucaristía es también el que resucitó y vive, el que ascendió al cielo, el que vendrá y nos llevará con él. La fe escruta el horizonte del tiempo, esperando la vuelta de su Señor, deseando que aquel que nos amó aparezca resplandeciente de gloria. Mientras tanto camina hacia él, muchas veces a tientas, esperando la luz. La fe es *un vínculo* que nos une con Cristo, pero es *un vínculo dinámico*, porque nos empuja en la búsqueda y en la espera de una unión más perfecta, la fe se encamina al amor, a la posesión amorosa de su Señor. Y no tiene una parada intermedia donde pueda descansar. No encontrará descanso hasta que no se arroje y se abraza a los pies de Jesús glorioso. La fe es una tensión hacia ese encuentro, una tensión hacia el amor cumplido en el cielo, hacia la posesión de ese amor. La fe espera la segunda venida de Cristo.

Ahora, uno puede decir: bueno no hace falta que llegue la segunda venida, ese camino de búsqueda terminará para cada uno con su muerte. No es así. La comunión perfecta no se alcanzará hasta que tenga lugar la resurrección de la carne.

«Yo mismo, con mis ojos veré a Dios», dice Job. Sus palabras, lanzadas al cielo desde la oscuridad más asfixiante, dan voz a la esperanza de los cristianos, que no se contentan con una salvación del alma, como si nuestro cuerpo no valiese y lo que hemos sufrido con él no contase, como si esta carne nuestra, modelada por el mismo Dios, asumida por el Verbo en el seno purísimo de María, resucitada de entre los muertos y glorificada, fuese algo sin importancia. Lejos de eso, nuestra carne, nuestro cuerpo, es el medio fundamental de nuestras relaciones: crecemos en el vientre de nuestra madre y allí se forja el primer vínculo, a través de la carne. Nacemos rompiendo la carne, y en la carne recibimos los primeros signos del amor, los signos de un “tú”, que nos permiten llegar a saber que somos *alguien*, un “yo”, alguien que es amado por otro. Eso lo sabemos por las caricias, en la carne, por las palabras que nos llegan, en la carne, por la imagen que vemos ante nosotros, la de la madre, de carne también, a través de nuestros ojos, también de carne. Hasta el final de nuestros días, nuestro cuerpo es el principio donde se tejen las relaciones que construyen nuestra persona: primero la madre, luego el padre y los hermanos, vendrán luego los iguales y los amigos, la esposa, los propios hijos. El mismo Dios llega a nosotros por la carne: con el anuncio del Evangelio que llega a nuestros oídos pronunciado por los cristianos. Dios llega a nosotros por la palabra de la Iglesia que alcanza nuestros oídos y por la materia de los sacramentos que toca nuestra carne: en el bautismo nos toca con el agua; en la confirmación con el crisma; en la Eucaristía con el pan y el vino; en el matrimonio con el acto conyugal; en el orden con la imposición de las manos del obispo; en la unción de los enfermos con el óleo. ¿Si no fuese salvado nuestro cuerpo, qué sería para nosotros el cuerpo glorioso de Cristo, con el que ha desposado nuestra naturaleza, con el que ha sufrido y ha muerto por nosotros, el que ahora rebosa de la gloria divina? ¿Qué sería para nosotros ese cuerpo en el cielo si no tuviésemos nosotros uno con el que verle, con el que oírle, con el que tocarle?

La salvación no será definitiva hasta que nuestro cuerpo alcance también la gloria de Dios. Más aún, hasta que todo el Cuerpo de Cristo se revista de gloria. Ese Cuerpo es el que forma la Iglesia universal, los fieles unidos a su Señor. Solo entonces la comunión con Dios será perfecta, cuando nuestro cuerpo individual y el cuerpo de la Iglesia se revista de la divinidad que le viene de Cristo resucitado, cuando participemos de las nuevas relaciones que la

resurrección del cuerpo de Cristo ha inaugurado al resucitar y adentrarse en las relaciones de la Trinidad. Por eso los cristianos, en medio de la oscuridad de este mundo, pero con la esperanza cierta que nos da la gloria de Cristo resucitado, hacemos nuestras las palabras de Job: **«Bien sé yo que mi defensor vive y que Él, el último día, se alzar  sobre el polvo. Y después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne ver  a Dios.  Yo lo ver , por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro!»** (Job 19,25-27).

Por tanto, si el tema del Anticristo tiene importancia, es porque está vinculado a la segunda venida de Cristo. Los cristianos de todos los tiempos esperamos la segunda venida de Cristo, los santos esperan la segunda venida de Cristo, porque su gloria no será plena hasta entonces, hasta que Cristo vuelva y los cuerpos resuciten, se les haga justicia y el Cuerpo entero de la Iglesia, ya gloriosa, se una a su Señor. Por eso rezamos desde hace veinte siglos: **«Ven, Señor Jesús»** y escrutamos el horizonte del tiempo esperando su venida. El signo que precede esa venida es el Anticristo. Prestamos atención al Anticristo porque su aparición significa que nuestro Señor no tardará y también porque el Anticristo es la última prueba, prueba con la cual cada uno se colocará en el lado de Cristo o frente a él.

Después de esta larga introducción, vamos a lo que dice el beato John Henry Newman¹.

¹ En el texto que viene a continuación distingo con dos tipos de letra diversos lo que dice J. H. Newman de lo que digo yo. Pero advierto que cito a Newman con cierta libertad para adaptar su escrito a exposición oral.

I. EL TIEMPO DEL ANTICRISTO

Newman va a desarrollar de la siguiente forma el escrito: hace una introducción planteando el tema, «el tiempo del anticristo» y cómo piensa ceñirse a la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Luego desarrolla cuatro puntos. En el primero, establece que el Anticristo aún no ha venido. En el segundo, plantea dos objeciones a lo que acaba de afirmar y las rebate. En un tercer punto, explica que el Anticristo será una persona, una realidad individual. Y en el cuarto, el más interesante para nosotros —me parece a mí—, va a hablar de una realidad que dará a luz al Anticristo: la apostasía.

Los cristianos de Tesalónica habían supuesto que la venida de Cristo se encontraba cercana. San Pablo les escribe para prevenirlos. No es que él desaprobara su espera de la venida del Señor, todo lo contrario; pero les advierte que un cierto acontecimiento debe precederla, y hasta que esto no suceda, el fin no sobrevendrá. **«Que nadie os engañe. Aquel Día no vendrá antes de que venga primero una apostasía. Antes tiene que manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición»** (2 Tes 2,3).

Se mencionan aquí tres acontecimientos distintos, aunque íntimamente conectados: la apostasía, el hombre de pecado y el Día de la vuelta de Cristo.

Mientras el mundo dure, este pasaje de la Escritura será de reverente interés para los cristianos. Es su deber estar siempre expectantes por la Venida de su Señor, indagar los signos de su venida en todo lo que ocurre y tener en mente este sobrecogedor signo del cual san Pablo habla a los tesalonicenses: que así como la primera venida del Señor tuvo su precursor, así también lo tendrá la segunda. El primero fue «algo más que un profeta», san Juan Bautista; el segundo, será algo más que un enemigo de Cristo, será la imagen misma de Satán, el pavoroso y aborrecible Anticristo. Acerca de él, tal cual las profecías lo describen, me propongo hablar; y al hacerlo me guiaré exclusivamente por los antiguos Padres de la Iglesia.

Nos saltamos ahora unos párrafos en los que Newman justifica su atención casi exclusiva a los Padres.

EL ANTICRISTO AÚN NO SE HA MANIFESTADO

Vuelvo al texto de san Pablo, que examinaré a la luz de otros textos tomados de la Escritura [...]: « *Aquel Día no vendrá antes de que venga primero una apostasía. Antes tiene que manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición*». Aquí se nos dice que la señal de la segunda venida es una cierta y terrible apostasía, y la manifestación del hombre de pecado, el hijo de la perdición; esto es, aquel comúnmente llamado el Anticristo.

Nuestro Salvador parece añadir que esa señal lo precederá inmediatamente, o que su venida ocurrirá muy poco después; puesto que después de hablar de los falsos profetas y falsos cristos, que vendrán acompañados de «señales y prodigios», «abundancia de la iniquidad», «de una caridad enfriándose» y cosas por el estilo, añade: «cuando veáis la Abominación de la Desolación [...] instaurada en el lugar santo [...] entonces los que estén en Judea huyan hacia las montañas» (Mt 24,15-16).

También san Pablo da a entender que tras el Anticristo el Señor vendrá enseguida, cuando dice que el Anticristo será destruido por el esplendor de la venida de Cristo.

A mí me parece grandiosa esta última idea: el Anticristo será destruido por el esplendor de Cristo en su venida. Cristo no tiene que hacer nada para destruir al Anticristo y su obra, solo aparecer, aparecer con su humanidad divinizada, aparecer como lo que es, el más bello de los hombres, hombre y Dios. Ante su verdad las tinieblas y el mal serán destruidas, el mismo Anticristo será destruido.

Pero esta misma idea grandiosa tiene una contrapartida al aplicarla a nuestra propia sensibilidad: cuando nosotros experimentamos repugnancia o desagrado ante la verdad, ante la belleza, ante el bien, ante el culto divino, mostramos que llevamos en nosotros la semilla de este Anticristo. Pero sigamos a Newman.

Por tanto, si el Anticristo debe venir inmediatamente antes de Cristo y ser señal de su venida, es evidente que él no se ha manifestado todavía, pues de otro forma, Cristo ya hubiese venido.

Según la Biblia la tiranía del Anticristo durará tres años y medio, o con su propio lenguaje, «**un tiempo, y [dos] tiempos, y la mitad de un tiempo**» (Dn 7,25; 12, 7), o «**cuarenta y dos meses**» (Ap 13,5). La breve duración que tendrá

el Anticristo antes de ser destruido, nos conduce a pensar que aún no ha llegado ese tiempo. Puede que esté cerca o no, pero no parece que haya empezado. Desde luego su tiempo no ha empezado antes de tres años y medio atrás, porque en ese caso ya se habría dado la vuelta de Cristo, y eso no ha ocurrido.

Además, hay otras dos circunstancias de su aparición que no se han cumplido. Primero, un tiempo de tribulación sin igual: **«Entonces habrá una gran tribulación, cual no la ha habido desde el inicio del mundo hasta este tiempo, ni la habrá; y a menos que dichos días fuesen acortados, ninguna carne sería salva»** (Mt 24,21-22). Esto todavía no ha sucedido. En segundo lugar, la predicación del Evangelio por todo el mundo: **«Y este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones, y luego vendrá el fin»** (Mt 24,14)

Newman ha citado tres «señales» para afirmar que el Anticristo «no ha venido aún» en el siglo XIX: a) que aún no ha llegado Cristo, en un período de tres años y medio; b) que no ha llegado una tribulación incomparable a todas las anteriores; c) que aún no se ha predicado el Evangelio en todo el mundo.

Podríamos concluir lo mismo para nuestra época: es claro que en los últimos tres años y medio el Anticristo no ha iniciado su tiranía; es claro también que, aunque las desgracias presentes son muchas, no podemos decir que hayamos asistido a una tribulación como no la ha habido desde la creación. Sin embargo, podríamos preguntarnos si no se ha predicado ya el Evangelio a todo el mundo. A mí me parece que se podría decir que sí. Quizá este signo encierre un carácter oscuro, simbólico, que desconocemos, pero si su sentido fuese literal, entonces podríamos decir que esta condición ya se ha cumplido. Si esta condición se cumple ya, de lo que no creo que podamos estar seguros, el momento estaría más cerca.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Ahora bien, puede objetarse a esta conclusión, que san Pablo dice en el pasaje anterior que **«el misterio de iniquidad ya está obrando»** (2 Tes 2,7), esto es, inclusive en su tiempo, como si de hecho el Anticristo hubiese venido ya en aquel entonces. Sin embargo, lo que realmente parece decir el Apóstol es que

en sus días había sombras y presagios, señales y elementos operantes, de aquello que un día se presentará en plenitud. Así como los *tipos* de Cristo vinieron antes de Él, [aquellos personajes históricos que de una u otra forma lo anticiparon, como Moisés, o David] así también las *sombras* del Anticristo lo anticipan. [Estas sombras no son el mismo Anticristo, pero son reales, como veremos].

Una segunda objeción podría formularse del siguiente modo. San Pablo dice: **«Sabéis qué es lo que lo retiene [al Anticristo], para que él se revele cuando llegue su tiempo»** (2 Tes 2,6). En estas palabras algo es mencionado como reteniendo la manifestación del enemigo de la verdad. El Apóstol prosigue: **«Aquel que ahora lo retiene, lo hará hasta que sea quitado del medio»** (2 Tes 2,7). Ahora bien, en los primeros tiempos [del cristianismo] se consideraba que este poder obstaculizante era el Imperio romano. Sin embargo este Imperio, se puede argüir, ha desaparecido, luego hace tiempo que el Anticristo ha venido.

[Respuesta de Newman] Estoy de acuerdo en decir que el poder que retiene al Anticristo es el poder de Roma, pues los antiguos escritores así lo han entendido. Ahora, lo que no me parece cierto es que el Imperio romano haya pasado. Desde el punto de vista de la profecía, el Imperio romano permanece aún hasta nuestros días. [Newman menciona una visión profética de Daniel, en la que aparecen 4 bestias que representan 4 imperios. En la visión el poder pasa de la primera bestia a la segunda, y la primera queda ya «fuera de juego»; de la segunda bestia el poder pasa a la tercera, y la segunda queda también fuera de juego; y lo mismo ocurre con la tercera bestia cuando se le da el poder a la cuarta, que es la bestia que representa al Imperio romano. Newman hace notar que el final de esta cuarta bestia, al que sucederá el tiempo tiránico del Anticristo, no es igual que el final de las anteriores bestias. Seguimos leyendo lo que dice Newman]: Roma tiene un destino muy diferente del de las otras tres bestias mencionadas por el profeta [Daniel]: **«Vi una cuarta bestia, espantosa y terrible, y sobremanera fuerte; y tenía grandes dientes de hierro: devoraba y destrozaba, y hollaba lo que quedaba debajo de sus pies. Y era diferente de todas las bestias que hubo antes que ella, y tenía diez cuernos»** (Dn 7,7). Estos diez cuernos, le informa un ángel [a Daniel] **«son diez reyes que se levantarán de este reino»**, es decir, de Roma (Dn 7,24). Entonces, como los diez cuernos pertenecían a la cuarta bestia, y no estaban separados de ella, así los reinos en

los cuales el Imperio romano iba a ser dividido, son la continuación y el término de ese mismo Imperio, el cual permanece y vive según el punto de vista de la profecía.

En consecuencia, todavía no hemos visto el fin del Imperio romano. [Vivimos en este tiempo de los diez reinos que se levantan del Imperio romano, pero que en realidad lo prolongan] «Aquel que retiene [al Anticristo]» aún está ahí; hasta que no sea eliminado, el Anticristo no se manifestará. En medio de estos diez cuernos él surgirá, como el mismo profeta nos revela: **«Estando yo contemplando los cuernos, vi que salía de entre ellos otro pequeño cuerno [...] y he aquí, que este cuerno tenía ojos como los de un hombre, y una boca que decía cosas grandilocuentes»** (Dn 7,8).

Por tanto, hasta el tiempo en que el Anticristo realmente aparezca, ha habido y habrá un continuo esfuerzo por parte de las fuerzas del mal para manifestarlo al mundo. La historia de la Iglesia es la historia de este prolongado parto. **«El misterio de iniquidad ya está obrando»**, dice san Pablo. **«Ya hay muchos anticristos»**, dice san Juan. Ha estado obrando siempre, desde los tiempos de los apóstoles, aunque sujeto por aquel que lo «retiene». En este preciso momento, un recio combate tiene lugar entre el espíritu del Anticristo que trata de emerger y el poder político, en aquellos países que, romanos según la profecía [de Daniel], firme y vigorosamente lo reprimen. Y de hecho tenemos operando por doquier delante de nuestros ojos, como nuestros padres lo tuvieron delante de los suyos, un principio feroz y sin ley, un espíritu de rebelión contra Dios y contra el hombre, que los poderes de gobierno en cada país apenas pueden sujetar con el mayor esfuerzo [...]. La presente organización de la sociedad y del gobierno, mientras sea representativa del poder romano, es aquello que lo retiene. El Anticristo es aquel que surgirá cuando este obstáculo desfallezca.

Este es un párrafo lleno de sugerencias. Newman ha dejado claro que el tiempo del anticristo no ha llegado en su época. Sin embargo, también muestra que el espíritu del anticristo está ya en pie de guerra contra el hombre, como lo ha estado siempre, como lo está también ahora. A ese espíritu se le reconoce porque es **«un espíritu feroz y sin ley, de rebelión contra Dios y contra el hombre»**. Podemos preguntarnos sobre nuestro hoy y no tardaremos en ver signos que responden a esta descripción, no son los signos de que haya llegado el Anticristo, pero sí del espíritu del Anticristo que en una lucha

ininterrumpida trata de emerger en cada momento de la historia, ese espíritu feroz y sin ley, de rebelión contra Dios y contra el hombre en nuestros días.

Newman decía que la presente organización de la sociedad y del gobierno, mientras que representativa del poder romano, un poder que me parece a mí se caracterizaba por la ley, es lo que retiene al Anticristo. La pregunta que me surge es: ¿no estaremos siendo espectadores de esta disolución del poder romano, según la profecía? Porque lo que parece no es solo que haya quienes atenten contra la ley, contra lo creado, contra el Creador y contra el hombre, sino que es el mismo poder establecido quien lo hace, y no en un solo lugar, sino en casi todo el Occidente de herencia romana. ¿No estaremos asistiendo al desfallecimiento de Roma?

El otro día leí una noticia estremecedora: según el último «Mapa de la Maternidad 2017» presentado por la Fundación RedMadre, **el Estado financia el 100% de los abortos** que se producen en nuestro país con un coste anual de unos **34 millones de euros**, mientras que destina **3,6 millones** a las embarazadas. De cada diez euros, uno se dedica a la gestación y nueve a financiar el aborto². Esta barbarie, que va contra toda ley divina y humana, está promovida y alentada por el mismo poder establecido. Repito lo que decía antes: ¿no estaremos siendo espectadores de esta disolución del poder romano, según la profecía? Porque lo que parece no es solo que haya quienes atenten contra la ley natural, contra el Creador y contra el hombre, sino que el mismo poder establecido lo hace. ¿No estaremos asistiendo al desfallecimiento de Roma?

Es verdad que no es la primera vez que ocurren cosas de esta índole. Durante el siglo pasado, con el comunismo y el nacismo, nos hartamos de ver pecados contra la ley natural, contra el Creador y contra el hombre. Y llevamos ya tiempo viviendo en este ambiente donde el liberalismo y el marxismo luchan por ver quién hace más daño al hombre. Pero asistamos o no a la desintegración del poder romano, nuestro deber es estar vigilantes y mantener la esperanza, esperanza que no ponemos en ningún hombre, ni en ningún partido, ni en ningún sistema político, sino solo en Dios: «nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra».

² Cf., ABC, 06/11/2018. Una noticia firmada por Laura Peraita

EL ANTICRISTO ES UN INDIVIDUO

Las observaciones precedentes han implicado en forma más o menos clara que el Anticristo es un hombre, un individuo, no un poder o un reino. Esta es ciertamente la impresión que dejan en el espíritu los pasajes de la Escritura concernientes a él. [Pasa Newman a examinar algunos textos que hablan del Anticristo (2Tes 2,3-4; 8-9; Dn 7,24-26; Dn 11, 36-38; Ap 13,5-8). No nos vamos a detener aquí. Después de analizar estos textos, donde el Anticristo aparece como un individuo, no como un sistema, un poder o un reino, Newman va a pararse en ver algunas anticipaciones históricas del Anticristo, también ellos son individuos.]

También las anticipaciones históricas del Anticristo que aún está por venir han sido personas individuales. [...] La más notable de las prefiguraciones de este futuro azote apareció antes del tiempo de los Apóstoles [...]. Se trata del rey pagano Antíoco, del cual nos hablan los libros de los Macabeos. Antíoco es descrito por el profeta Daniel, en otra parte de su profecía, en términos que parecen referirse al Anticristo, lo que significa que Antíoco fue realmente quien pareció ser, o sea, un tipo [anticipación] de aquel que será el más terrible enemigo de la Iglesia. Antíoco fue un salvaje perseguidor de los judíos, así como el Anticristo lo será de los cristianos. Unos pocos pasajes de los Macabeos bastarán para mostrarnos lo que fue.

San Pablo, en un texto que ya hemos citado antes, habla de una apostasía, seguida de la aparición del Anticristo; lo mismo ocurrió en la historia judía: el futuro de la Iglesia cristiana es anticipado por la pasada historia judía.

«En aquellos días surgieron de Israel hombres inicuos, que persuadieron a muchos diciendo: “Vamos y hagamos alianza con los paganos que nos rodean, pues desde que nos separamos de ellos, nos han sobrevenido muchas penalidades”. Este consejo les pareció bien. Algunos del pueblo llegaron al extremo de acudir al rey, y obtener de él la facultad para seguir las costumbres de los gentiles; en consecuencia levantaron en Jerusalén un gimnasio al uso de los paganos, rehicieron sus prepucios, renegaron de la alianza santa para atarse al yugo de los gentiles, y se vendieron para obrar el mal» (1 Mac 1,11-15).

Esta fue la apostasía. Tras ella vino el Enemigo de la verdad: «Después de vencer a Egipto, Antíoco emprendió el camino de regreso [hacia Antioquia de Siria, la capital del imperio seléucida]. Subió contra Israel y llegó a Jerusalén

con un fuerte ejército. Entró con insolencia en el santuario y se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos sus accesorios, la mesa de la proposición, los vasos de las libaciones, las copas, los incensarios de oro, la cortina, las coronas, y arrancó todo el decorado de oro que recubría la fachada del templo [...]. Tomándolo, partió para su tierra después de derramar mucha sangre y de hablar con gran insolencia» (1 Mac 1,2-24).

Más tarde [dos años después] prendió fuego a Jerusalén: «Y arrasó sus casas y la muralla que la rodeaba [...]. Luego, reconstruyeron la ciudad de David con una muralla grande y establecieron allí una raza pecadora de rebeldes que en ella se hicieron fuertes» (1 Mac 1,31.33.34) [Lo que refiere aquí Daniel es que al destruir la muralla de Jerusalén dejaron desprotegida la ciudad y el templo, mientras que al occidente reconstruyeron y fortificaron la ciudadela de David, habitada por la guarnición militar seléucida (macedonios) y los judíos helenizantes, lo que se convirtió en una amenaza constante sobre el templo].

Después... «El rey Antíoco publicó un edicto en todo su reino ordenando que todos formaran un único pueblo y abandonara cada uno sus peculiares costumbres. Los gentiles acataron todos el edicto real y muchos israelitas aceptaron su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado» (1Mac 1,41-43).

Tras lo cual obligó al pueblo elegido a cometer actos impíos, matando a los que no aceptasen... «profanar el sábado y las fiestas, mancillar el santuario y lo santo, levantar altares, recintos sagrados y templos idolátricos, sacrificar cerdos y animales impuros, y dejar incircuncisos a los niños» (1 Mac 45-48).

Finalmente erigió un ídolo, o según las palabras de la historia... «la Abominación de la Desolación sobre el altar de los holocaustos, y construyeron altares en las ciudades de alrededor de Judá [...] Rompían y echaban al fuego los libros de la Ley que podían hallar» (1Mac 1,54-56).

En los rasgos de Antíoco Epífanes (175-164 a. C) [Ya el sobrenombre que adopta, el de “Epífanes”, es manifestación de su soberbia, porque viene a significar “la manifestación de Dios”] tenemos ya algunos de los rasgos característicos del futuro Anticristo, que será incluso peor.

Después de fijar su atención en Antíoco, Newman, habla de otros dos personajes históricos que prefiguraron al futuro Anticristo. Habla de Juliano, el apóstata, que vivió entre 300 y 400 años después de Cristo y «del falso profeta

Mahoma, quien propagó su impostura alrededor del 600 años después de la venida de Cristo».

Para mostrar que el futuro Anticristo será alguna persona individual se ha apoyado Newman en las descripciones de la Escritura, luego en el carácter personal de aquellos hombres que lo prefiguraron (Antíoco, Juliano y Mahoma). A continuación trae la enseñanza de los Padres, citando a san Jerónimo y a Teodoreto. Y concluye este punto:

Lo que he dicho sobre que el Anticristo será un hombre individual puede resumirse así: la venida de Cristo será inmediatamente precedida por un desencadenamiento del mal terrible y sin precedentes, llamado por san Pablo una apostasía, una deserción, en medio de la cual aparecerá un cierto y terrible hombre de pecado e hijo de la perdición, el especial y singular enemigo de Cristo, o Anticristo. En este tiempo las revoluciones prevalecerán, y la presente estructura de la sociedad será desarticulada. Al presente, el espíritu que él encarnará y representará es contenido por «los poderes existentes», pero ante la disolución de estos, él surgirá de su seno, los reconstruirá a su vil manera, bajo su propia ley, con el propósito de excluir a la Iglesia.

Atención a este párrafo de Newman. Dice que cuando llegue el Anticristo, después de la apostasía, «la presente estructura de la sociedad será desarticulada». Al leer esto, pensé: ¿cuál es la estructura de la sociedad? ¿qué es lo que da sostén y forma a una sociedad? La familia. Y en el momento presente, ¿no es eso lo que ya desde hace años está siendo desarticulado paso a paso? Desde hace tiempo la familia está siendo atacada de forma sistemática, de tal forma que este ataque parece seguir un plan prefijado. Este ataque ha tenido tres grandes pasos: 1) La aceptación del divorcio, como algo normal; 2) el aborto y 3) la ideología de género.

No sabemos si vendrán más ataques a la familia, pero esta, que es el fundamento de la estructura de la sociedad, está ya siendo atacada y destruida. La estructura de la sociedad está siendo desarticulada. Eso significa que, si no estamos cerca de los tiempos del Anticristo, lo estamos, al menos de otra de sus grandes prefiguraciones históricas, como lo fue Antíoco, Juliano o Mahoma.

LA APOSTASÍA QUE PREPARA Y HACE SURGIR AL ANTICRISTO

Este es el punto que a mí me parece más interesante para la comprensión del momento que vivimos. Ya hemos dicho que no estamos en el tiempo del Anticristo, ni de una de sus anticipaciones históricas. Sin embargo, sí sería posible que estuviésemos en el momento que precede y genera bien al mismo Anticristo, bien a una de sus sombras, es el tiempo de la apostasía. Newman vuelve sobre el asunto de la apostasía que ya ha sido mencionada varias veces.

Insistiré en una particular circunstancia contenida en las palabras de san Pablo, que en parte ya he comentado. Está escrito que «**vendrá una apostasía, y que el hombre de pecado será revelado**» (Cf. 2 Tes 2,3). En otras palabras, el hombre de pecado nace de una apostasía, o por lo menos accede al poder por medio de una apostasía, o es precedido por una apostasía, o no existiría si no fuese por una apostasía. Esto es lo que dice el texto inspirado, vayamos a los anticipos de la historia con que la Providencia nos permite interpretar esta predicción.

Antes de la llegada de Antíoco los israelitas, o al menos un gran número de ellos, abandonaron su sagrada religión, y fue entonces cuando le fue permitido al enemigo entrar en escena.

Luego tenemos el caso del emperador apóstata Juliano, que intentó subyugar a la Iglesia por medio de astucias y reintroducir el paganismo; es de notar que fue precedido e incluso criado por la herejía, por aquella primera gran herejía que perturbó la paz y la pureza de la Iglesia [el arrianismo].

Aproximadamente cuarenta años antes de que él se convirtiese en emperador, surgió la pestilente herejía arriana, la cual negaba que Cristo fuese Dios. Hizo su camino entre las cabezas de la Iglesia como un cáncer, de tal modo que por medio de la traición de algunos y los errores de otros, llegó al punto de dominar la Cristiandad. Los pocos hombres santos y creyentes, testigos de la Verdad gritaron con pavor y terror, frente a la apostasía, que el Anticristo se acercaba. [En nota a pie, cita Newman a san Cirilo de Jerusalén: «Es el tiempo de la apostasía; puesto que los hombres se han apartado de la recta fe. Esta es la “apostasía”, y debe esperarse la venida del enemigo»³]. Y ciertamente **su sombra** llegó. Juliano fue educado en el seno del arrianismo por algunos de sus principales sostenedores. Su tutor fue Eusebio del cual sus

³ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis* 15,9

partidarios tomaron su nombre [los eusebianos]; a su debido tiempo cayó en el paganismo, convirtiéndose en un perseguidor de la Iglesia [...].

Más adelante, se levantó otra herejía de consecuencias mucho más perdurables y de mayor envergadura; era de un carácter doble, de dos cabezas, podría decirse: el nestorianismo y el eutiquianismo [monofisismo]⁴. El nestorianismo y el eutiquianismo tenían algo en común: negar de un modo u otro la realidad llena de gracia de la encarnación del Hijo de Dios, tendiendo así a disminuir la fe de los cristianos, de forma más insidiosa que la herejía de Arrio. Se extendió a través del Oriente y de Egipto, corrompiendo y envenenando aquellas iglesias que en un tiempo habían sido las más florecientes, las primeras moradas y baluartes de la verdad revelada. A partir de esta herejía, o por lo menos, por medio de ella, surgió el impostor Mahoma, y compuso su credo. Él era otra *sombra* del Anticristo.

Todos estos ejemplos nos plantean los siguientes interrogantes: ¿surgirá el enemigo de Cristo y de su Iglesia a partir de un especial apartamiento de Dios? ¿No hay acaso motivos para temer que dicha apostasía se esté preparando gradualmente, reuniendo, madurando en nuestros mismos días? ¿Acaso no existe en este preciso momento un especial empeño en casi todo el mundo en prescindir de la religión, más o menos evidente en este o en aquel lugar, pero más formidable y visiblemente en las naciones más civilizadas y poderosas? ¿No existe acaso un consenso creciente de que una nación no tiene nada que ver con la religión, de que se trata de algo concerniente solo a la conciencia individual? Lo que es lo mismo que decir que podemos dejar que la Verdad desaparezca de la faz de la tierra sin que hagamos nada por evitarlo.

Decir que el objeto de la religión y de la filosofía puede o debe desaparecer de la esfera pública, que Dios ha de desaparecer de la esfera pública, es lo mismo que decir que la verdad puede ser aparcada ¿Alguien cree que eso no tiene consecuencias sociales nefastas? Leyendo a Newman se me viene a la

⁴ Los nestorianos disolvían el misterio de la Encarnación, porque decían que en Cristo había dos personas, la divina y la humana, una junto a la otra, pero no el Hijo que se había hecho verdaderamente hombre, no la única persona del Hijo eterno hecho hombre de verdad. Por su parte el eutiquianismo, monofisitas, afirman que en Cristo no existe realmente una naturaleza humana, porque ha sido absorbida y como anulada por la única que realmente subsiste en la persona de Cristo, la naturaleza divina. De dos formas distintas, nestorianos y monofisitas diluyen y niegan el misterio de la verdadera encarnación: unos niegan la verdadera unión de las naturalezas en una sola persona; los otros que la encarnación es en realidad una disolución de la humanidad en la divinidad de Cristo.

cabeza España y los nefastos gobiernos de la democracia: las verdades definitivas no importan, son cuestiones de la conciencia individual. Que los poderes públicos confundan la no confesionalidad del estado con esta posición en que la verdad sobre Dios y sobre el hombre es despreciada, en los planes de estudio, en la organización social, en la promulgación de las leyes, es entrar en el camino de un lento suicidio. Retomo lo que decía Newman:

¿No existe acaso un consenso creciente de que una nación no tiene nada que ver con la religión, de que se trata de algo concerniente solo a la conciencia individual? Lo que es lo mismo que decir que podemos dejar que la Verdad desaparezca de la faz de la tierra sin que hagamos nada por evitarlo [...]. ¿No existe un empeño febril y permanente por deshacerse de la necesidad de la religión en los asuntos públicos?, por ejemplo, el intento de desembarazarse de los juramentos, con la excusa de que son demasiado sagrados para los asuntos de la vida corriente [...]. ¿No existe el intento de educar sin religión, o sea, poniendo a todas las formas de religión en el mismo nivel? ¿No existe la tentativa de reforzar la templanza, y todas las virtudes que brotan de ella, sin religión, por medio de sociedades basadas en meros principios de utilidad; de hacer de la conveniencia y no de la Verdad, el fin y la norma de las decisiones de Estado y de la constitución de las leyes? [¡Atención!, porque Newman tiene para todos y ahora sus palabras hablan de los hombres de Iglesia] ¿No se tiende a hacer de los números, y no de la verdad, el criterio para sostener o no a este o aquel artículo de fe, como si hubiera en la Escritura fundamentación para sostener que los muchos tienen razón y los pocos no; de privar a la Biblia de su sentido principal, hasta hacernos pensar que ella posee cien significados, todos igualmente verdaderos o, en otras palabras, que no posee significado alguno, que es letra muerta y que puede ser dejada de lado? [Habla de lo que ve entre los cristianos y hombres de Iglesia. Yo me acordaba de nuestros días. ¿No somos testigos también nosotros de muchos intentos de dejar atrás las palabras explícitas del Señor? Pongo tres ejemplos: 1. «**Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre**». Hay un intento entre algunos de dejar de lado o reinterpretar estas palabras del Señor, para acomodarse a la mentalidad divorcista común; 2. Aquellas palabras de san Pablo, también palabras de la Escritura, también claras y explícitas: «**No os hagáis ilusiones: los inmorales, idólatras, adúlteros, lujuriosos, invertidos, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores o estafadores no heredarán el reino de Dios**» (1 Cor 6,9-10), sin

embargo esto ya no se puede decir, ni siquiera en la Iglesia, con lo que se muestra que la Palabra de Dios ha sido, de facto, mutilada y relegada. 3. Otras palabras del Señor que hoy intentamos leer lo menos posible, el final del Evangelio de san Marcos: «**Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará, el que no crea será condenado**». En contra de lo que dice este texto del Evangelio de forma clara, se enseña que cualquier religión, o cualquier camino ético, es un camino válido para la salvación». Es cierto que hay que entender bien las palabras del Evangelio, como las otras de san Pablo, pero hoy no nos preocupa entender bien, nos basta olvidar lo que no nos gusta y sustituirlo por lo que queremos oír o queremos que los otros oigan] ¿No se tiende a reemplazar la religión en su conjunto, en cuanto algo dado y objetivo, con sus leyes y sus palabras escritas [con sus ritos y sus sacramentos], por algo meramente subjetivo? ¿No se tiende a confinarla a nuestros sentimientos internos, y de este modo, dada la inestabilidad y la variabilidad de los sentimientos, no conduce esto a destruir la religión? ¡Atención! ¡El sentimiento no es el criterio de la verdad, ni de la belleza, ni del bien!

Sin duda, existe actualmente una confederación del mal, que recluta sus tropas de todas partes del mundo, organizándose a sí misma, tomando sus medidas para encerrar a la Iglesia de Cristo como en una red [es decir, para tenerla como una fiera en el parque zoológico, sin capacidad real, aunque esta red no está hecha de barrotes, sino de presiones, de amenazas escondidas que nosotros hemos convertido en miedos y temores con los que nos imponemos silencio a nosotros mismos], y preparando el camino para una apostasía general. No podemos saber si de esta misma apostasía nacerá el Anticristo, o si él será aún retenido, como lo ha sido por tanto tiempo; pero en todo caso esta apostasía, y todos sus signos e instrumentos, son del Maligno y tienen un sabor de muerte.

Después de leer esto de Newman, quiero preguntaros algo: ¿A quien tenéis vosotros por el último de los profetas que hemos visto en vida? «Profeta» en el lenguaje de la Escritura no es propiamente el que habla del futuro, sino «el que ve», el que ve la verdad, el que ve más allá de las apariencias, el que ve el significado profundo de las cosas y su movimiento interno; por todo eso también, el que ve el futuro que ya empieza a desarrollarse ocultamente. ¿Qué profeta habéis conocido vosotros? Sin duda, el papa san Juan Pablo II. Su

penúltima exhortación fue *Ecclesia in Europa* (año 2003, el papa murió en el 2005). Hay allí una afirmación que me parece cobra nueva vida, a la luz de lo que hemos leído esta tarde, os lo leo: «La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera» (nº 9). Leo con más amplitud: «La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera. En esta perspectiva surgen los intentos, repetidos también últimamente, de presentar la cultura europea prescindiendo de la aportación del cristianismo, que ha marcado su desarrollo histórico y su difusión universal. Asistimos al nacimiento de una *nueva cultura* [esto es, una nueva forma de comprender y afrontar la vida, una cultura nueva que ya ha dejado atrás a Dios], influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una «cultura de muerte». Newman había dicho de los signos e instrumentos de la apostasía: «tienen un sabor a muerte».

Personalmente digo lo mismo que decía Newman: No podemos saber si de esta misma apostasía nacerá el Anticristo, o si él aún será retenido, como lo ha sido hasta ahora, pero en todo caso, esta apostasía que estamos viviendo, también dentro de la Iglesia, con todos sus signos y medios, tiene un sabor de muerte.

¡Dios nos guarde de contarnos entre aquellos ingenuos que caen en la trampa que se está tendiendo a nuestro alrededor! ¡Dios nos libre de ser seducidos por las bellas promesas en las cuales Satán ha ocultado seguramente su ponzón! ¡Creéis acaso que él es tan inexperto en su arte como para invitarnos en forma abierta y clara a unirnos a él en su combate contra la Verdad? No, él les ofrece cebos: la promesa de la libertad civil; la promesa de la igualdad; la promesa del comercio y de la riqueza, de la exención de impuestos, de las reformas. Este es el modo en que él encubre el verdadero asunto al cual los va conduciendo; los tienta a rebelarse contra sus gobernantes y superiores; él hace

eso mismo y los induce a imitarlo; les promete iluminación, ofreciéndoles conocimiento, ciencia, filosofía, ensanchamiento de la mente. Él se burla de los tiempos pasados y se mofa de toda institución que los venera. Él les sopla lo que deben decir, y luego los escucha, los alaba y los alienta. Él los incita a ascender a la cima. Les enseña cómo convertirse en dioses. Luego ríe y hace bromas e intima con vosotros; los toma de la mano, pone sus dedos entre los vuestros, los agarra, y entonces ya le pertenecéis.

¿Consentiremos nosotros los cristianos en tener parte en este asunto? ¿Ayudaremos, aun con nuestro dedo meñique, al Misterio de la Iniquidad que lucha por nacer, y que convulsiona al mundo con sus dolores? **«Alma mía, no te juntes con ellos; honra mía, no te unas a sus reuniones»** (Gn 49,6) **«¿Qué acuerdo hay entre la justicia y la injusticia? ¿Qué unión hay entre la luz y las tinieblas? [...] Por tanto, salid de entre ellos, ¡apartaos!»** (2 Cor 6,14.17), de otro modo seréis cooperadores de los enemigos de Dios, y estaréis abriendo el camino para el hombre de pecado, el hijo de la perdición.

SEGUNDO DÍA, INTRODUCCIÓN

El sábado pasado nos centramos en la exposición y el comentario del primero de los escritos en los que Newman trató del Anticristo. Hoy vamos a centrarnos en el cuarto y último de estos escritos. Pero antes quiero rescatar unos párrafos del segundo de estos *tracts*, porque creo que nos da el tono necesario para acercarnos al tema que estamos tratando.

No hablamos del Anticristo por curiosidad morbosa, sino para mantener el corazón despierto. Es así de sencillo.

Dice Newman que podemos equivocarnos al interpretar las profecías sobre el Anticristo. Nos podemos equivocar en muchos puntos, es así. Muchas veces los cristianos que nos han precedido, creyeron que el tiempo estaba encima y se equivocaron. Y sin embargo es útil pensar en estas cosas.

En estos tiempos en los que desde niños se nos enseña a olvidarnos de lo sobrenatural, de Dios y de nuestra propia alma, a burlarnos de la fe en lo que no vemos; cuando se nos enseña desde pequeños a juzgar las cosas tan solo por lo que podemos ver y tocar, «no puedo dejar de pensar que esta visión del Anticristo, como un poder sobrenatural por venir, es un don providencial como contrapeso a las tendencias malignas de nuestra época».

Es decir, pensar en el Anticristo nos hace entender que hay una realidad más allá de lo que aparece a los ojos, que esa realidad es definitiva, que tenemos un destino eterno que nos estamos jugando en una guerra sin cuartel, aun cuando podamos vivir aparentes tiempos de paz.

Es provechoso que meditemos tanto en los acontecimientos de la primera venida de Cristo como en los que acompañarán su segunda venida. Y que lo hagamos de tal forma que podamos «tener nuestros corazones despiertos, como si hubiésemos visto a Cristo y sus apóstoles y sus milagros, despiertos a la esperanza y a la espera de su segunda venida, aguardándola y, aún más, deseando ver sus señales; meditando mucho y a menudo acerca del Juicio que se acerca, penetrando en el pensamiento de que seremos individualmente juzgados».

Un efecto saludable de esta meditación es «arrancar el velo que cubre nuestros ojos, levantar el manto que cubre la faz del mundo y así, día tras día, en nuestras idas y venidas, al levantarnos y al acostarnos, mientras trabajamos, descansamos o nos entretenemos, permitirnos ver el Trono de Dios presente en medio de nosotros, su majestad y sus juicios y la continua intercesión de su Hijo por sus elegidos, por sus pruebas y su victoria».

Es decir, la meditación de estos temas nos abre los ojos a la realidad que se esconde tras lo que aparece a nuestro ojos, la verdad que se esconde tras la mera apariencia de las cosas. Hoy mismo, aquí mismo, lo más real se esconde a

los ojos y se manifiesta a la fe: la verdad de Dios, presente; el sacrificio y la victoria de Cristo, presente; la realidad de nuestra alma, también presente, viva y trasparente ante el juicio y el amor de Dios.

El texto propuesto para hoy, “La persecución del Anticristo”, que tiene una breve introducción y cinco puntos.

Introducción: La persecución como señal característica de la Iglesia de Cristo

Punto 1: Los pasajes de la Escritura que se refieren a la persecución final: Daniel, Mateo, Apocalipsis

Punto 2: ¿Cómo será la última persecución?

Punto 3: Sobre la dureza extrema de la última persecución

Punto 4: La persecución profetizada está por venir y los signos nos dicen que se acerca

Punto 5: Sobre el cómo puede llevarse a cabo la persecución final

II. LA PERSECUCIÓN DEL ANTICRISTO

LA PERSECUCIÓN, UNA SEÑAL CARACTERÍSTICA DE LA IGLESIA DE CRISTO

Estamos tan acostumbrados a oír hablar de las persecuciones de la Iglesia, tanto por el Nuevo Testamento como por la historia de la Cristiandad, que no podemos evitar considerar sus descripciones como simples palabras, o hablar de ellas sin comprensión de lo que estamos diciendo. De esta forma no recibimos ningún beneficio práctico de sus narraciones y mucho menos somos capaces de considerarlas como lo que realmente son: una señal característica de la Iglesia de Cristo. Ciertamente no son un atributo necesario de la Iglesia, pero se trata al menos de una de sus señas características, de tal modo que si uno echa un vistazo al curso completo de la historia, reconocerá en las persecuciones una de las peculiaridades que permiten reconocer a la Iglesia. Y nuestro Señor parece dar a entender cuán apropiada, cuán natural es la persecución a la Iglesia, al

incluirla entre sus Bienaventuranzas: **«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el Reino de los Cielos»** (Mt 5,10).

El Señor da entonces a la persecución el mismo elevado y noble rango en el conjunto de las gracias evangélicas que el *Sabbath* [el descanso sagrado del sábado] tiene entre los preceptos del Decálogo. Es decir, igual que el descanso del sábado es una señal y que distingue a su Pueblo en la Antigua Alianza, y aparece así en el Código de la Ley⁵, aunque en sí mismo no pertenezca a la Ley⁶, ese mismo signo y señal es la persecución para el Nuevo Pueblo de Dios: aunque no le constituye, le señala y le distingue.

Él parece mostrarnos eso mismo también de otro modo, insinuándonos que la Iglesia que reconoce como suya, la que él ha edificado y la que reivindicará, es una Iglesia perseguida, que porta su Cruz. Esta tremenda reliquia que Él ha entregado y que la Iglesia poseerá hasta el fin, no puede perderse por el camino.

El profeta Daniel, que tantos vaticinios nos ha dejado acerca de los últimos tiempos, nos habla acerca de la gran persecución aún por venir: **«Será tiempo de angustia, como no lo ha habido desde que existe nación alguna hasta ese momento. Y en aquel tiempo será salvado tu pueblo: todos los que se encuentran inscritos en el libro»** (Dn 21,1).

Nuestro Señor alude a estas palabras en su solemne profecía antes de su pasión, cuando habla de dos series de eventos que están por venir: los que acaecieron enseguida, tras la resurrección, las primeras persecuciones; y los hechos que acaecerán en su segunda venida, la persecución de los últimos tiempos. La primera y la última persecución de la Iglesia.

Sobre la segunda dice, retomando lo anunciado por Daniel: **«Habrá entonces una gran tribulación, como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán»** (Mt 24,21-22).

Concluiré con lo que tengo que decir acerca de la venida del Anticristo hablando de la persecución que la acompañará. Al hacerlo no hago más que

⁵ Ex 20,2-17; Dt 5,6-21

⁶ No pertenece a la Ley natural que recoge el decálogo el hecho de que la adoración a Dios tenga que ser precisamente en un día concreto y que ese día sea el sábado.

expresar el juicio de la Iglesia primitiva, como he tratado de hacer todo el tiempo, y como me propongo seguir haciendo.

LOS PASAJES DE LA ESCRITURA QUE SE REFIEREN A LA PERSECUCIÓN FINAL:

DANIEL, MATEO, APOCALIPSIS

En primer lugar, citaré algunos de los principales textos que parecen referirse a esta persecución final.

«Los diez cuernos son diez reyes que surgirán de su reino, y otro surgirá después de ellos. Ese será distinto de los anteriores y destronará a tres reyes: pronunciará palabras contra el Altísimo, pretenderá cambiar los tiempos y la Ley, y someterá a prueba a los santos del Altísimo. Estos serán entregados en sus manos durante un tiempo, dos tiempos y medio tiempo» (Esto es, tres años y medio) (Dn 7,24-25).

«Tropas tuyas se impondrán y profanarán el santuario y la ciudadela, abolirán el sacrificio cotidiano y establecerán la abominación de la desolación. A los que rompieron la Alianza los corromperá con halagos, pero el pueblo que conoce a su Dios se mantendrá firme y hará proezas. Los sabios del pueblo instruirán a muchos, pero caerán a espada, o víctimas del fuego, de cautiverio o de saqueo durante un tiempo» (Dn 11,31-33).

«Muchos se limpiarán, se blanquearán y se purificarán; los malvados seguirán haciendo el mal [...] Y desde que sea suprimido el sacrificio cotidiano y coloquen la abominación de la desolación, transcurrirán mil doscientos noventa días» (Dn 12,10-11).

«Habrá entonces una gran tribulación, como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mt 24,21).

«Se le dio una boca que profería palabras arrogantes y blasfemias, y se le dio poder para actuar durante cuarenta y dos meses. Y abrió su boca con blasfemias contra Dios, para injuriar su nombre, su tabernáculo y a los que moran en el cielo. Se le permitió también hacer la guerra contra los santos y vencerlos [...] Y le adorarán todos los que habitan la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde el origen del mundo, en el libro de la vida del Cordero inmolado» (Ap 13,5-8).

«Vi a un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó durante mil años [...] Después debe ser soltado por poco tiempo. [...] Saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a reunirlos para la guerra, numerosos como la arena del mar. Subieron por la ancha extensión de la tierra y pusieron cerco al campamento de los santos y a la ciudad amada» (Ap 20, 1-9).

Todas estas palabras hablan de aquella persecución final que provocará el Anticristo, aunque haya podido tener cumplimientos parciales en las persecuciones anteriores.

Los primeros cristianos interpretaron estos pasajes como relativos a la persecución que se desencadenaría en los últimos tiempos, y todo lleva a creer que efectivamente se refiere a ella. Las palabras de nuestro Señor acerca de la gran tribulación por venir, podrían referirse, en una primera instancia, a las persecuciones iniciales, a las que los primeros cristianos se vieron expuestos, y sin duda que es así. Sin embargo, por violentas que estas persecuciones hayan sido, no fueron consideradas por los mismos hombres que las padecieron como el verdadero cumplimiento de la profecía; y esto es una fuerte razón para pensar que no lo fueron. Esa conclusión se ve confirmada por pasajes paralelos, como las palabras de Daniel que hemos citado, quien habla de una persecución todavía futura; si nuestro Señor utilizó las mismas palabras, y estaba hablando de lo mismo que Daniel, entonces cualquiera que haya sido el cumplimiento parcial que su profecía haya tenido en la historia de la primitiva Iglesia, Cristo ciertamente se refiere a la última persecución, si tomamos sus palabras en toda su amplitud.

Él dice: «Habrà entonces una gran tribulación, como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán» (Mt 24,24).

E inmediatamente después: «Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y se presentarán con grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos» (Mt 24,24).

Estas palabras de Cristo están en consonancia con las de Daniel y las del Apocalipsis: «Será tiempo de angustia, como no lo ha habido desde que existe

nación alguna hasta aquel tiempo. Y en aquel tiempo será salvado tu pueblo: todos los que se encuentran inscritos en el libro» (Dn 12,1).

«Se le permitió también hacer la guerra contra los santos y vencerlos [...] Y le adorarán todos los que habitan la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde el origen del mundo, en el libro de la vida» (Ap 13,78).

¿CÓMO SERÁ LA ÚLTIMA PERSECUCIÓN?

Tratemos ahora de comprender y profundizar en esta idea que acabamos de presentar a nuestra consideración: aunque la Iglesia ha sido preservada de la persecución durante mil quinientos años [Se refiere Newman al tiempo que ha pasado desde el final de las persecuciones primitivas hasta sus días. Recuerdo que fue el emperador Constantino, con el “Edicto de Milán”, 313, quien puso fin a las persecuciones primitivas por parte del Imperio romano], sin embargo una persecución la aguarda antes del fin, más feroz y peligrosa que cualquiera que haya sufrido desde su comienzo.

Esta persecución estará acompañada por la interrupción de todo culto religioso: **«Abolirán el Sacrificio Perpetuo»** (Dn 11,31). Los Padres de la Iglesia interpretaron estas palabras en el sentido de que el Anticristo suprimirá durante tres años y medio todo culto religioso. San Agustín se pregunta, incluso, si el bautismo será administrado a los niños en dicho período. Aún más, se nos dice que **«pondrán la abominación de la desolación»** (Dn 11,31) en el Lugar Santo, que allí **«la erigirán»**. Nuestro Salvador dice lo mismo. No podemos saber con certeza qué significa esto, sin embargo en el cumplimiento precedente de la profecía consistió en la introducción del ídolo pagano en la casa de Dios⁷.

El reino del Anticristo será apoyado por un despliegue de aparentes milagros, parecidos a los que los magos de Egipto efectuaron contra Moisés. En este asunto debemos aguardar un esclarecimiento más completo de las profecías, que solo la llegada de esos sucesos podrá ofrecernos.

⁷ En el precedente de Antíoco, se erigió el ídolo en el altar de los sacrificios del Templo de Jerusalén. En su cumplimiento, ¿se erigirá un culto idolátrico en el altar del sacrificio, esto es, en el altar eucarístico, que sustituya la misma Eucaristía?

Sin embargo, ya sean milagros verdadero o ficticios o, como algunos han sugerido, de descubrimientos de las ciencias físicas, el hecho es que producirán el mismo efecto que si fuesen reales: fascinarán la imaginación a quienes no tengan el amor de Dios firmemente arraigado en sus corazones, o sea, de todos excepto los elegidos.

La Escritura es precisa e insistente en esta predicción. **«Signos y prodigios —dice nuestro Señor— capaces de engañar, si fuese posible, a los mismos elegidos»** (Mt 24,24).

San Pablo habla del Anticristo como uno **«cuya vendida está señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros y signos engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de condenar porque no recibieron el amor a la Verdad, que los hubiera salvado. Por eso Dios les enviará un poder seductor que les hará creer en la mentira»** (2 Tes 2,9-11).

Y san Juan nos dice: **«Realiza grandes prodigios, incluso hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres. Y seduce a los habitantes de la tierra con los prodigios que le ha sido concedido realizar en presencia de la bestia»** (Ap 13,13-14).

Por tanto, sin detenernos a buscar otros textos, la última persecución será más tremenda que cualquiera de las precedentes en estos cuatro aspectos: 1) será en sí misma más fiera y más horrenda; 2) será seguida de una suspensión de las disposiciones ordinarias de la gracia, del «Sacrificio perenne»; 3) será acompañada por un establecimiento abierto y blasfemo de la infidelidad, o de alguna enormidad [de algo terrible y tremendo] en lo más sagrado de la Iglesia; 4) por último, será seguida por la capacidad de obrar prodigios.

¡Bueno será para los cristianos que dichos días se acorten! Se acortarán por bien de los elegidos, que de otro modo serían abrumados. Acortados, según parece, a tres años y medio.

SOBRE LA DUREZA EXTREMA DE LA ÚLTIMA PERSECUCIÓN

Mucho podría decirse, es cierto, acerca de cada una de estas cuatro cuestiones, mas me limitaré a realizar una observación acerca de la primera de ellas, o sea, la dureza de la persecución.

Será peor que toda otra persecución anterior. Ahora bien, para entender el alcance de esta afirmación, debemos considerar en qué consistieron las primeras persecuciones. Es muy difícil resumirlo, pero una muy somera incursión en la historia de la Iglesia nos convencerá de que es muy difícil concebir mayores crueldades que aquellas que los primeros cristianos sufrieron de manos de sus perseguidores.

Las palabras de san Pablo, hablando de las persecuciones anteriores a su tiempo, describen pruebas que no son más que una pálida descripción de las que se abatieron sobre la Iglesia en sus días y posteriormente. Él dice acerca de los santos judíos: **«Fueron torturados y rehusaron la liberación [...] Soportaron escarnios y azotes, e incluso cadenas y cárcel. Fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada. Vagaron errantes cubiertos con pieles de oveja y de cabra, faltos de todo, oprimidos y maltratados»** (Hb 11,35-37).

Esas fueron las pruebas de los profetas bajo la Ley, que en alguna medida anticiparon las que llegarían con el Evangelio, mucho mayores que sus prefiguraciones. A modo de ejemplo, quiero traer, el fragmento de una carta que da cuenta con cierto detalle de una de las persecuciones en el sur de Francia. Fue escrita por un testigo ocular:

El furor del populacho, gobernador y soldados, se ensañó especialmente con Sanctus, un diácono, con Maturus, un recién convertido, con Attalus, y con Blandina, una esclava, por medio de la cual Cristo mostró que aquello que es poco estimado entre los hombres tiene, por el contrario, gran valor a los ojos de Dios. Puesto que, cuando todos estábamos atemorizados, y el mismo juez temía que, a causa de la debilidad de su cuerpo, no estuviese en condiciones de confesar, entonces Blandina se vio llena de una fuerza tan grande que, aun aquellos que se turnaban para torturarla de todas las maneras posibles, de la mañana hasta la tarde, se agotaron y abandonaron la empresa, confesando que ella los había derrotado. Y se asombraban de que permaneciese viva, siendo que su cuerpo todo

estaba herido y abierto por los golpes. Pero aquella bendita mujer, como un bravo combatiente, renovó su fortaleza durante su confesión y fue para ella un descanso y un respiro decir: «Soy cristiana» [...].

Sanctus también soportó de forma maravillosa y sobrehumana todas las crueldades de los hombres con una noble paciencia [...] y respondía a todas las preguntas diciendo: «Soy un cristiano». Cuando ya no tuvieron nada más que hacer con él, le aplicaron planchas de cobre candentes en las partes más delicadas del cuerpo. Pero aunque sus miembros se quemaban, él permaneció enhiesto y firme, constante en su confesión, refrescado y fortalecido por la fuente celestial de agua de vida que procede de la entraña de Cristo. Mas su cuerpo permaneció como testigo de los padecimientos: todo él era una llaga, desprovista de forma humana»⁸.

Pocos días después fueron llevados a los juegos donde se encontraban las fieras salvajes; allí sufrieron nuevamente toda clase de tormentos, como si nada hubieran padecido anteriormente. Nuevamente fueron azotados, y además forzados a sentarse en la silla de hierro, al rojo vivo. Por último, heridos por las fieras, allí llegaron a su fin: «A Blandina la colgaron de un madero, y quedó expuesta para pasto de las fieras que se arrojaban sobre ella». Posteriormente fue azotada, y por último encerrada en una canasta y arrojada a un toro, a merced de cuyas embestidas falleció⁹. El relato es demasiado largo, minucioso y escalofriante para que continúe con él. Simplemente he querido dar un ejemplo de los sufrimientos que los primeros cristianos padecieron por la malicia del demonio.

Consideremos también los sufrimientos que los vándalos arrianos infligieron a los cristianos en una época posterior. De cuatrocientos sesenta obispos de África, confinaron a cuarenta en un lugar insalubre, a trabajos forzados, y dispersaron a trescientos dos por diferentes rincones de África. Diez años más tarde desterraron a doscientos veinte más. En otra ocasión, arrancaron de sus viviendas a cuatro mil cristianos, clérigos y laicos, y los forzaron a marchar por el desierto hasta que murieron por la fatiga o los malos

⁸ EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* 5,1,17-23

⁹ *Ibid.*, 5,37-38, 40-41

tratos. Laceraron a otros a latigazos, los quemaron con hierros candentes y les amputaron los miembros¹⁰.

Escuchemos ahora cómo uno de los primeros Padres, precisamente cuando las primeras persecuciones estaban cesando, medita acerca de la perspectiva que se abre delante de la Iglesia, echando una mirada penetrante a los sucesos de su propio tiempo, tratando de discernir a partir de ellos, en la medida de sus posibilidades, si el mal anunciado se aproxima.

Habrá un tiempo de tribulación cual no lo hubo desde que hay naciones sobre la Tierra hasta ese tiempo. El monstruo horrendo, la gran serpiente, inconquistable por las fuerzas humanas, se dispondrá a devorar [...] El Señor, conociendo la grandeza del enemigo, en atención a los hombres piadosos, dice: «Aquellos que estén en Judea, huyan a las montañas». Sin embargo, si alguno se siente con un corazón suficientemente fuerte para luchar contra Satanás, que se quede y diga: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» [...] Demos gracias a Dios, que limitará la magnitud de la tribulación a unos pocos días: «Por razón de los elegidos dichos días serán acortados». El Anticristo reinará solo tres años y medio: un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo [...] ¡Bendito quien sea entonces un mártir por Cristo! Considero que los mártires de aquel tiempo serán mayores que todos los mártires, puesto que estos combatieron solo contra hombres, mientras que aquellos, en los tiempos del Anticristo, combatirán contra Satanás en persona. Los emperadores perseguidores asesinaron, pero no pretendieron resucitar muertos, ni realizar signos y prodigios; pero en aquel tiempo la persecución será tanto por la fuerza como por el error, hasta el punto de llegar a engañar, si eso fuera posible, a los mismos elegidos. Que nadie diga en su interior en ese momento: «¿Acaso hizo Cristo algo más grande que esto? ¿Con qué poder hace este hombre tales prodigios. No podría hacerlos a menos que Dios se lo permitiese». El Apóstol nos advierte diciéndonos de antemano: «Dios les enviará un poder seductor», no para que sean excusados sino condenados; a saber, todos aquellos que no creyeron en la verdad, esto es, en el verdadero Cristo, sino que se complacieron en la iniquidad, esto es, en el Anticristo [...] Por lo tanto, ¡preparate, oh hombre! Has escuchado las señales del Anticristo [¡Permanece atento!] [...] Si tienes un hijo según la carne, o si han engendrado a un hijo por la catequesis, no

¹⁰ EDWARD GIBBON

te demores en enseñarle, adviértele, a fin de que no reciba lo falso como verdadero [...] ¡Estad preparados!¹¹.

LA PERSECUCIÓN PROFETIZADA ESTÁ POR VENIR
Y LOS SIGNOS NOS DICEN QUE SE ACERCA

Tengo dos observaciones que hacer. La primera es que podemos estar seguros de que la persecución profetizada aún no ha ocurrido, está por venir. Por eso, toda generación de cristianos debería escrutar el horizonte desde una atalaya, cada vez más intensamente a medida que el tiempo transcurre.

La segunda observación es que, de tiempo en tiempo, aparecen signos que, aunque no nos permiten fijar un día, pues eso permanece oculto, nos indican que el final se acerca. [...] «**La noche está avanzada, el día se echa encima**» (Rm 13,12). Las sombras comienzan a retirarse, las antiguas formas del Imperio, que perduraron desde el tiempo en que el Señor estuvo entre nosotros, vacilan y tiemblan ante nuestros ojos, inclinándose y amenazando su próxima caída. Estas son las cosas que lo alejan de nosotros, Él está detrás de ellas. Cuando ellas desaparezcan, el Anticristo será liberado «de aquello que lo retiene», y después de su corta pero pavorosa época, Cristo volverá.

Por ejemplo, uno de los signos es el presente estado del Imperio romano, si es que podemos decir que existe, aunque de hecho existe. Es como un hombre que yace en su lecho de muerte, el cual, luego de una larga agonía, finalmente parte en el momento menos esperado, o por lo menos sin que uno sepa cuándo. Uno contempla al hombre enfermo y cada día parece el último; sin embargo, pasa un día y otro día, uno no sabe cuándo llegará el fin; mejora, empeora, prolonga su partida, y a pesar de todo, se sabe que finalmente ha de morir, que simplemente es cuestión de tiempo. Así ocurre con el viejo Imperio romano, el cual actualmente yace inerte e impotente. No está muerto, pero yace en su lecho de muerte. Suponemos ciertamente que no morirá sin resistirse y sin ciertas convulsiones. El Anticristo se pondrá a la cabeza de él [...] El Imperio morirá y abrirá camino al Anticristo. Esta última agonía, sin lugar a dudas, se va acelerando, sea cual sea el momento en que la muerte llegue a producirse.

¹¹ CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis* 15,16-18

Podrá prolongarse más allá de nuestra época, o la de nuestros hijos, pues somos criaturas de un día, y una generación es como un toque de la hora de reloj, pero el Imperio se encamina a su disolución y sus horas están contadas.

[...]

Finalmente, sin mencionar muchos otros signos que podrían tomarse en consideración, veamos uno particularmente reseñable. En uno de los pasajes que he citado del libro del Apocalipsis, se dice que en los últimos tiempos, en vistas a la última persecución, Satanás, liberado de su prisión, engañará a las naciones de los confines de la tierra, Gog y Magog, y las congregará para hacer la guerra contra la Iglesia (Cf. Ap 20,7-8).

[Newman pone en relación estos nombres con un pasaje del libro de Ezequiel y con el libro del Génesis, para identificarlos con las naciones de los confines de la tierra que, engañadas por Satanás, se levantan en guerra contra la Iglesia]

Debemos hacer notar que dos veces, desde que se pronunció esta profecía, las naciones han invadido la Iglesia, y las dos veces, más que por una intención propia, por una sugestión [por un engaño o seducción] anticristiana. Primero fueron los godos y vándalos, los bárbaros, seducidos [diabólicamente] por la herejía arriana. Luego fueron los turcos, seducidos por el Islam. En este caso, como en tantos otros, la historia es un comentario [una aclaración] de la profecía. Con esto no quiero decir que podamos decir cómo se realizará todo esto en su plenitud según el modelo de sus prefiguraciones [o anticipaciones en la historia], pero podemos ver bastante.

Newman menciona la guerra contra la Iglesia como uno de los signos de la cercanía del Anticristo. Y ve en las invasiones bárbaras, agitadas por el arrianismo, y del Imperio turco, agitadas por el Islam, dos prefiguraciones históricas de lo que ocurrirá cuando esté para desencadenarse la última y más terrible persecución. Pero hay que subrayar que el interés de nuestro autor no para en la historia, sino que se dirige al presente y al porvenir, para buscar los signos del Anticristo y de sus prefiguraciones, uno de los cuales es la guerra contra la Iglesia.

SOBRE EL CÓMO PUEDE LLEVARSE A CABO LA PERSECUCIÓN FINAL

Es provechoso pensar acerca de la última persecución y sus signos, aún en el caso de que estemos bastante equivocados sobre los detalles más concretos. Por ejemplo, tal vez después de todo no se trate de una persecución sangrienta, sino de un tipo de persecución que involucre más bien astucia y sutileza, fundada no en milagros sino en maravillas naturales y poderes desarrollados por el ingenio humano; o sea, realizaciones humanas, pero en manos del demonio.

Satanás puede utilizar las armas de mistificación más alarmantes, puede esconderse, puede intentar seducirnos en pequeñas cosas, y de este modo desplazar a la Iglesia, no de repente, sino poco a poco, de su verdadera posición. Creo que ya ha hecho mucho en este sentido en el curso de los últimos siglos. Creo que ha alejado cada parte de la Iglesia, para un lado o para el otro, en no importa qué dirección, de la **«verdad tal cual está en Jesús»** (Ef 4,21), de la antigua fe sobre la cual fue construida antes de la división entre Oriente y Occidente. Su política es separarnos y dividirnos, arrancarnos gradualmente de la roca de nuestra fortaleza (Cf. Sal 61,8). Si debe haber una persecución, tal vez esta ocurra en aquel momento en que la Cristiandad esté tan dividida, y tan reducida, que se encuentre muy próxima al cisma y a la herejía. En aquel momento en que nos hayamos arrojado a los brazos del mundo, y le hayamos entregado nuestra independencia, nuestra fuerza, y dependamos de él para nuestra seguridad, podrá entonces arrojarse furioso sobre nosotros en la medida en que Dios se lo permita. Entonces, súbitamente el Imperio romano podrá quebrarse, y el Anticristo aparecerá como un perseguidor y las naciones bárbaras se lanzarán al asalto. Pero todas estas cosas están en manos de Dios y en su conocimiento, y allí debemos dejarlas.

Creo que es bueno retener de forma sintética esta caracterización que hace Newman, a modo de sugerencia, sobre cómo puede aparecer la última persecución: una persecución no sangrienta, sino más sutil; unos portentos más técnicos, científicos, médicos..., que naturales; la mistificación del mal; y la separación de la Iglesia, el cisma (contra la comunión fundada en la caridad) y la herejía (contra comunión fundada en la verdad). Por tanto, hay que estar prevenidos contra el espíritu relativista que nos hace indiferentes a la verdad, sobre la cual se fundamenta nuestra comunión; pero también contra el espíritu

individualista, que hace que la caridad se enfríe y que los vínculos de la amistad, de la familiaridad y de la comunión cristiana sean endebles. No tener aprecio por la verdad y no tener aprecio por la compañía, la amistad y la familiaridad de los otros cristianos, y la comunión de toda la Iglesia me parecen a mí de las cosas más peligrosas en orden a entablar el combate contra el mal. Queremos ser libres, queremos ser independientes, queremos hacer nuestra vida y no vincularnos a nada que determine nuestro día a día. Bien, si dejamos que este deseo se imponga en nosotros, pronto estaremos solos, a la intemperie de todas las tentaciones. Y desde luego, si una persecución arrecia en un momento así, de frialdad con respecto a la verdad o respecto a la comunión, tenemos todas las papeletas para sucumbir. Al pensar en estas cosas me acordaba de un texto que muchos me habéis oído repetir, un texto que habla de la fuerza cristiana en la guerra contra el diablo. De LIETBERTO DE SAN RUFO:

«El diablo a nada teme tanto como a la unidad en la caridad. Él no teme que demos todo lo que tenemos por Dios, porque él mismo no posee nada. No tiene miedo de que ayunemos porque él no come. Y no le atemoriza que veamos, porque él no duerme. Pero, si estamos unidos en la caridad, se asusta, y mucho, porque custodiamos en la tierra lo que él en el cielo desdeñó conservar. Por eso se describe a la Santa Iglesia como un terrible ejército dispuesto para la batalla; porque así como los enemigos tienen miedo cuando ven las filas de un ejército ordenadas y preparadas para la guerra, así evidentemente, el diablo se espanta cuando ve que hombres con espíritu, vestidos con las armas de la virtud, viven en unidad concorde¹²».

A la persecución, sea del tipo que sea, a los portentos, a la mistificación del mal y a la división en la Iglesia, hay que añadir la pérdida de independencia («cuando dependamos del mundo»). Quiero hacer notar que nunca los hombres han dependido del Estado como en la actualidad. Además de un Estado que se construye al margen de Dios, muchas veces en abierto contraste

¹² LIETBERTO DE SAN RUFO (psudo Hugo de s. Víctor), *Exposición de la regla de s. Agustín 1*, en: HUGONIS DE S. VICTORE, *Opera Omnia*, ed. J. P. MIGNE (PL 176, París 1880) 883 C-D.

con él. Sin embargo, cristianos y no cristianos dependemos cada vez más de él en todo: educación, sanidad, pensiones. Esto no siempre fue así.

Sin embargo, hemos leído: «todas estas cosas están en manos de Dios y en su conocimiento, y allí debemos dejarlas».

Para concluir solo diré algo que he repetido varias veces: las reflexiones de este tipo pueden ser provechosas. El creer que una persecución aguarda a la Iglesia, llegue o no en nuestros días, puede actuar como freno a nuestros corazones rebeldes y egoístas [que siempre tienden a la división, con respecto a quien en la Iglesia tiene la autoridad y a la división entre los hermanos].

Con la perspectiva de la persecución final por delante, no podemos permitir el abandonarnos a pensamientos de facilismo y confort, al deseo de enriquecernos, de instalarnos o de elevarnos en el mundo [cuanto más nos entreguemos al mundo, más fácilmente este nos podrá engañar y destruir].

Con la perspectiva de la persecución final por delante, no podemos sino pensar en ser aquello que todos los cristianos son en su verdadera condición, al menos aquello que deberían desear ser, aquello en que deberían fijar su voluntad —si fuesen verdaderos cristianos de corazón—, o sea, peregrinos, centinelas aguardando el alba, aguardando la luz, aguzando ansiosamente nuestros ojos para percibir los primeros rayos de la mañana, esperando la venida de Nuestro Señor, su glorioso advenimiento, cuando él ponga fin al reinado del pecado y de la maldad, complete el número de sus elegidos y perfeccione a aquellos que al presente luchan contra la debilidad, pero que en sus corazones lo aman y lo obedecen.

*** **

Aquí termina el cuarto sermón de Newman sobre el Anticristo. Pero a los cuatro sermones añade un texto magnífico tomado de una carta del obispo Horsley, escrita a comienzos del s. XIX:

«En los tiempos del Anticristo, la Iglesia de Dios sobre la tierra, como bien podemos imaginar, verá grandemente reducido el número aparente de sus fieles, debido a la abierta deserción de los poderes de este mundo. Esta deserción comenzará por una indiferencia hacia toda forma de cristianismo, bajo apariencia de una tolerancia universal. Pero dicha tolerancia no procederá de un verdadero espíritu de caridad e indulgencia, sino de la voluntad de minar el cristianismo por la multiplicación y el fomento de las sectas. Dicha pretendida tolerancia irá mucho más allá de una justa tolerancia, incluso en lo que concierne a las diferentes sectas cristianas. Pues los gobiernos pretenderán ser indiferentes a todas y no darán protección preferencial a ninguna. Todas las Iglesias establecidas serán echadas a un lado. De la tolerancia a las más pestilentes herejías pasarán luego a la tolerancia del islamismo, del ateísmo y, por fin, a la persecución explícita de la verdad del cristianismo. En esos tiempos, el templo de Dios se verá prácticamente reducido al *Sancta Sanctorum*, esto es, al pequeño número de verdaderos cristianos que adoren al Padre en espíritu y en verdad, y que observen estrictamente su doctrina, su culto y toda su conducta, por la Palabra de Dios. Los cristianos meramente nominales abandonarán la profesión de la verdad cuando los poderes de este mundo lo hagan. Pienso que este trágico suceso está tipificado por la orden de san Juan de medir el Templo y el Altar, y de permitir que el atrio (las iglesias nacionales) sea pisoteado por los gentiles. Los bienes del clero serán entregados al pillaje, el culto público será insultado y rebajado por estos desertores de la fe que una vez profesaron, quienes no pueden ser llamados apóstatas pues nunca fueron sinceros en su profesión. Esta no fue más que condescendencia con la moda y la autoridad pública. En el fondo siempre fueron lo que ahora demuestran ser: paganos.

Cuando esta deserción general de la fe tenga lugar, entonces comenzará el ministerio de los dos testigos vestidos de saco [Hace referencia a algo que afirma el libro del Apocalipsis: que en el inicio del fin, surgirán dos testigos de Dios, dos profetas que, después de cumplir el encargo recibido de Dios, serán asesinados por la bestia, pero resucitarán. Cf. Ap 11,3] No habrá nada de esplendor en la apariencia

externa de sus iglesias; no tendrán el apoyo de los gobiernos, no tendrán honores, ni recibirán remuneración alguna, ni tendrán inmunidades, ni autoridad; solo tendrán aquella que ningún poder humano puede arrebatarse, y que ellos reciben de Aquel que les ha encargado ser sus testigos».

P. Enrique Santayana Lozano C.O.